

Nombre: Primera Guerra Púnica

Inicio: Año 265 A. C.

Fin: Año 241 D.C.

Antecedente:

Expansión romana

En el 289 a.C., después de la muerte de Agatocles, los mercenarios campanos y samnitas que habían dependido de éste, se adueñaron de la ciudad de Mesina, matando a sus habitantes, dividiéndose sus bienes y dándose el nombre de mamertinos, derivado del nombre osco del dios de la guerra Mamers, equivalente al Marte de los romanos. Durante las guerras de Pirro en Sicilia, los mamertinos habían colaborado estrechamente con los cartagineses. Tras la retirada de Pirro, los mamertinos y los cartagineses quedaron en libertad de extender su poder. Los mamertinos, más que someter, se dedicaron a saquear las ciudades griegas del área nordeste de Sicilia. Pero en el 268 a.C. tomó el mando en Siracusa –la única de las ciudades griegas de cierta importancia– un joven oficial llamado Hierón que dos años después se proclamaría rey. Éste logró controlar a los mamertinos y obligarlos a replegarse. En el 264, una parte de los mamertinos pidió ayuda a Cartago, que apostó una guarnición en la fortaleza de Mesina. Pero otra legación de mamertinos solicitó la ayuda de Roma, ofreciendo a cambio de ella su propia deditio, es decir, la entrega incondicional de su ciudad. Según Polibio, los romanos permanecieron durante bastante tiempo sumidos en dudas e indecisiones respecto al asunto de los mamertinos. No cabía duda de que resultaba absurdo ayudar a una banda de ladrones y asesinos como eran los mamertinos. El Senado sentía escrúpulos morales y decidió someter a los comicios la decisión a tomar. Pero frente a la primera actitud también se configuró la expectativa de que la deditio de los mamertinos podía significar posteriormente el sometimiento de Siracusa. No hay duda de que el enfrentamiento con Cartago no se contemplaba. El objetivo sería exclusivamente atenerse a la solicitud de los mamertinos y el enfrentamiento con los siracusanos. Esta fue la decisión adoptada. No obstante, contra toda expectativa, esta guerra se prolongó veinticuatro años. Una vez transportadas las tropas romanas desde Reggio a Mesina, la guarnición cartaginesa de la ciudad de Mesina se retiró. Mientras tanto, se había producido la alianza entre Siracusa y Cartago y ambos ejércitos se dirigieron conjuntamente contra Mesina. La primera fase de las operaciones culminó con la derrota de los siracusanos. Hierón decidió abandonar a los cartagineses y firmó una alianza subordinada con Roma. De hecho se convirtió en un rey vasallo de Roma. Esta alianza duró cincuenta años. La guerra produjo enormes pérdidas en ambos bandos. Durante la batalla decisiva de Lilibeo en el 241 a.C., unos 300.000 romanos e itálicos perecieron o se ahogaron en el mar. No obstante, Roma logró la victoria frente a Cartago y se vio dueña de la isla. La paz firmada en el 241 a.C. determinaba que Cartago abandonaría la isla comprometiéndose, además, al pago de una desorbitada indemnización bélica. Sicilia pasó a convertirse en provincia romana, gobernada inicialmente por uno de los cuatro quaestores classici creados en el 267 y que pasó a residir en Lilibeo. A partir del 227 a.C., después de conquistar Cerdeña, fueron creados dos pretores para el gobierno de ambas islas. Cartago sufrió a consecuencia de su derrota una sublevación de los mercenarios mal pagados que el general Amílcar había trasladado de Sicilia a Africa. Éstos, apoyados por poblaciones tributarias de Cartago, llegaron a amenazar la propia existencia del Estado cartaginés. Sofocada la revuelta, el ejército cartaginés se dirigió a Cerdeña, donde también la guarnición cartaginesa se había sublevado, a fin de poner de nuevo orden en la isla. La actitud de Roma fue sumamente cínica. Con el pretexto de que la expedición estaba dirigida contra ella misma, amenazó de nuevo con iniciar la guerra. Los cartagineses abandonaron la isla, además de verse obligados a pagar una indemnización de guerra aún más elevada. Esto ocurría en el 237 a.C. y Polibio considera que esta prepotencia de Roma y la humillación sufrida por Cartago, fueron la causa que verdaderamente decidió la Segunda Guerra Púnica. Lo que estaba claro es que primaba la ley del más fuerte y Roma, dado el estado de cosas, era incomparablemente más fuerte que Cartago. La primera Guerra Púnica fue la primera guerra extra-itálica de Roma. Sin duda la avidez fue un

factor decisivo a la hora de pronunciarse la asamblea a su favor. La acción fue característica y se repetirá durante mucho tiempo: la aristocracia romana no pudo resistir jamás la tentación de intervenir si había oportunidad para ello.

Nombre: Segunda Guerra Púnica

Inicio: Año 218 A. C.

Fin: Año 202 D.C.

Antecedente:

Expansión romana

Siguientes:

Cartago

Motivos del conflicto

La lucha entre Aníbal y Roma

Para resarcir a Roma de los elevados gastos de guerra con los que fue castigada tras la Primera Guerra Púnica, Cartago tuvo que iniciar una intensa política de conquista en la península Ibérica. Las zonas este y sur de la península serán controladas por los Barca, fundando Asdrúbal la ciudad de Cartago Nova. Para evitar una inminente confrontación entre Roma y Cartago se estableció un tratado por el cual no se podía extender la influencia cartaginesa más allá del Ebro. La alianza entre Roma y Sagunto vulneraba este tratado al estar la ciudad en la órbita de influencia cartaginesa. Esa es la razón por la que Aníbal atacó Sagunto en el año 219 a.C. provocando el estallido de la contienda. Desde ese momento el general cartaginés pondrá en marcha todo su aparato militar con un objetivo concreto: invadir Italia. Sus potentes tropas se dirigirán hacia la península Itálica, cruzando los Alpes e infligiendo continuas derrotas a los diferentes ejércitos romanos que le salían al paso: Tesino, Trebia y Trasimeno. La definitiva batalla tuvo lugar en Cannas donde los cónsules Emilio y Varrón fueron contundentemente derrotados. Sin embargo, no entró en Roma por desconocidas razones. La reacción romana vino de la mano de Escipión Africano que llevó la guerra a Hispania para evitar que Asdrúbal el Joven reforzara con su ejército a las tropas de Aníbal. Diversas victorias romanas colocaban el curso de la guerra de su lado por lo que Escipión se trasladó a Cartago para tomar la ciudad. Aníbal abandonó Italia y se dispuso a librar la definitiva batalla por el control del Mediterráneo. El encuentro tuvo lugar en Zama y el cartaginés salió definitivamente derrotado. Roma había vencido una guerra que duró casi 20 años y de esa manera se convertía en el dominador del Mediterráneo occidental.

Nombre: Tercera Guerra Púnica

Inicio: Año 149 A. C.

Fin: Año 146 D.C.

Antecedente:

Expansión romana

La llamada tercera Guerra Púnica no es sino un capítulo bastante vergonzoso de la historia de Roma. Cartago se comprometió después de la segunda Guerra Púnica, en el tratado de Zama (202) a no emprender ninguna

guerra sin el beneplácito de Roma. Pero Escipión, entre el 204 y el 202, había concertado una alianza con Massinisa, rey de Numidia, al cual asignó el papel de impedir cualquier veleidad expansionista de Cartago en el norte de África. Este rey, vasallo de Roma, se dedicó a acosar a Cartago innumerables veces. Las misiones romanas enviadas para regular los conflictos que se entablaban entre el rey y los púnicos, sentenciaban casi siempre en favor de Massinisa. Cuando en el año 150 Cartago, cansada de las provocaciones del númida, decidió defenderse, Roma acusó a Cartago de violar el tratado y exigió no sólo el cese de las hostilidades, sino también el pago a Massinisa de una indemnización de guerra. Pero el Senado decidió también el envío de una expedición militar contra Cartago. Las razones de esta decisión son difíciles de comprender. Entre Cartago y Roma no existía ya ninguna rivalidad comercial. Los mercados de Occidente pertenecían por completo a Roma y a sus aliados griegos. Tal vez pudiera tratarse del temor o la desconfianza hacia Massinisa, cuyo poder empezaba a ser demasiado grande a los ojos de Roma y al que no consideraba un aliado por encima de toda sospecha. Esta desconfianza podía haber despertado el deseo de Roma de asentarse en el norte de África. Los alegatos de Catón en el Senado, que siempre terminaban con la consabida frase: "En cuanto al resto, pienso que se debe destruir Cartago", no resultan justificables. Ciertamente, como decía Catón, Cartago hubiera deseado vivamente tomar la revancha contra Roma, pero su situación en ese momento hacía que tal peligro se vislumbrase, si no imposible, al menos muy lejano. Apiano y Diodoro Sículo presentan a un Senado dividido respecto a la actitud que se debería adoptar frente a Cartago. Pero es evidente que en esa época la mayoría de los hombres de estado pensaban que la paz no era un bien absoluto y no dudaban en sacrificarla si la contrapartida suponía un aumento de su seguridad, de su magnificencia o de sus intereses. Así, bajo el impulso de los que estaban acostumbrados a vencer, se decidieron las operaciones cuidadosamente. Utica fue la base elegida. Allí existía una numerosa colonia de mercaderes itálicos y los agentes romanos que allí proliferaban tomaron la iniciativa de entregar la ciudad a merced de los romanos. El ejército romano desembarcó en la ciudad en el 149 a.C. Cartago se prestó –a fin de evitar la guerra– a acceder a cualquier petición del Senado romano, por duras que fueran sus exigencias: entrega de rehenes y de las armas y material de guerra. Cuando los cónsules consideraron que la ciudad ya no podía defenderse, exigieron aún más: los cartagineses habrían de destruir su propia ciudad y la población sería distribuida entre los pueblos. Tal petición sólo tenía un significado para los cartagineses, el hambre y la miseria más extrema. Movidos por la desesperación, Cartago empleó los treinta días que los cónsules le dieron de plazo para responder, en prepararse para la guerra. Las fuerzas de que disponía Cartago no eran muchas, ni estaban bien pertrechadas, pero el asedio al que el ejército romano sometió a Cartago se alargaba enormemente. Fallaba el aprovisionamiento del ejército y el clima castigaba duramente a los soldados. En Roma se tomó la decisión de investir cónsul en el 147 a Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio y primo de Escipión el Africano. Escipión era candidato en el 148 al cargo de edil, única magistratura a la que, por su edad, podía aspirar. Pero los Comicios decidieron dejar dormir la ley y lo nombraron cónsul. De esta forma se expresaba el sentimiento popular de vincular la victoria a una gens. Escipión restableció el bloqueo de Cartago y en medio de una guerra obstinada y llena de estratagemas por ambas partes, logró reducir a los cartagineses en la primavera del 146. El Senado decidió que la ciudad fuera arrasada y abandonada para siempre. Los supervivientes fueron vendidos como esclavos y hasta los mismos dioses púnicos fueron trasladados a Roma: Juno Celeste fue instalada en el Capitolio. Cartago dejó de existir a los ojos de los hombres y a los de los dioses, y su territorio fue convertido en la provincia romana de África. Así, si con los éxitos militares de la segunda Guerra Púnica Roma revalidó su dominio sobre Italia y amplió su control territorial con la anexión de territorios de Hispania, el potencial demográfico y económico conseguido le permitió continuar su política expansionista hasta terminar siendo la única e indiscutible potencia del Mediterráneo ya antes del 130 a.C.